

este catalanismo, y es explicable: Salvat lo pone como forma anticuada de *ensalmado*. En todo caso, el contexto no sufre el significado 'descalabrado' que propone M. P., sino más bien 'suspenso, apaciguado, embelesado'.

Llepada. Este catalanismo ha de unirse con el *lepar*, 'afeitarse, atildarse', de la p. 90,7 p.a.

Rañar. 'Arañar', forma genuina y tradicional, que no necesita de la atracción de *reñir* para explicar la ausencia de la *a-*, como quiere M. P.

Ronçería. No 'lentitud, desgano' aquí, sino 'zalamería, halago, adulación'.

Sodollo. Catalanismo (*sodoll*, hoy *sadoll*), 'ahíto, saciado, hartó'.

Un juicio sereno del fruto de la labor fatigosa de Mario Penna ha de ser desfavorable. Sus honestos afanes han encontrado un difícil obstáculo en el incompleto conocimiento de la arquitectura del español y en la inconstancia de la seriedad dedicada a los diferentes pasos del trabajo.

A pesar del esmero tipográfico con que se pretendió hacer la edición, no está ella libre de yerros: mala acentuación (87,18; 88,21 y 22, a menos que esté en razón M. Morreale; 100,2n.; 125,13; 185,4; 195,10n; 241,31); signos de exclamación e interrogación invertidos (83,14; 94,9; 106,3; 148,11 y 13; 154,27; 155,1); erratas (XXIV,4: léase *viento*; 64,4: *en el*; 90,9: *aljófár*; 90,últ.: *suerte*, que hace suponer que en 61,22 y 214,24 haya de leerse en realidad *pansear*, como quiere Spitzer.

MARIO FERRECCIO



Ensayos de Literatura Latinoamericana, de
ARTURO TORRES-RIOSECO. Editorial Tezontle,
México

UNA CRÍTICA RUTINARIA que pronuncia solemnemente la palabra libro, ha mirado con cierto desdén a algunas obras —abundantes en nuestras letras—, que son la suma de diversos ensayos elaborados con métodos distintos y en circunstancias distintas. Seguirán apareciendo, sin embargo, esos libros (aunque pongamos a contribución el ingenio de todos sus adversarios, no hay otro modo de llamarlos), y nunca perderán interés. La fuerza de ellos está en la novedad de sus planteos y en el correlativo interés del lector, esos dos polos de una creación auténtica. Libros ya clásicos de la crítica hispanoamericana son de esa especie, y basta citar los nombres de Pedro Henríquez Ureña, de Alfonso Reyes, de Enrique Rodó, de Roberto F. Giusti, de Enrique

Anderson Imbert —la nómina podría seguir—, para comprobarlo. Los temas se atropellan unos a otros, sucedense asuntos diversos, pero al fin resulta un conjunto palpitante con acentos propios, con estilo. A ese rango de libros pertenecen los *Ensayos de literatura latinoamericana*, de Arturo Torres-Rioseco, que publica en México la Editorial Tezontle.

¡Cómo ama y cómo conoce Torres-Rioseco las letras de América! Todo lo que de frío y acumulativo tiene la erudición meramente académica se vuelve en él calor y simpatía, acorde íntimo y profundo. Se despoja de todo pudor de erudito para atreverse a mirar lo literario con limpidez, como quien se acerca a una fresca fontana. De ahí que la materia histórica no se sienta en su obra nunca como entretenimiento de archivista. El crítico chileno avienta el polvo de siglos y mira libros y hombres con ojos ávidos de contemporáneo. Esa manera de conferir actualidad a lo pretérito, esa aptitud para vivificar lo caduco, es arte excepcional del crítico de garra. Uno de los méritos ya demostrados por Torres-Rioseco en sus estudios sobre la novela, en sus síntesis sobre las grandes corrientes hispanoamericanas, en su versión de Darío, es una especie de horror a la vaguedad, a la digresión inútil. Dirá pocas cosas, pero ellas, sin desdeñar contornos ni contrastes, muy claras, muy sostenidas por razonamientos vigorosos, como golpeadas sobre el yunque. Buen chileno, maneja diestramente la ironía, el tono mesurado, pero no se pierde en vericuetos filosóficos, en pausas inútiles: se atiende al anhelo del lector de llegar pronto a la pulpa. Y si a veces nos despista (como en la extensa introducción del trabajo sobre "El humorismo en la literatura hispanoamericana"), después entendemos que eran aclaraciones indispensables para que no resultase forzada la comprensión del conjunto.

Muchos de estos ensayos obedecen a compromisos del profesor y del crítico, otros acusan una elaboración distinta, pero hay siempre un acorde repetido, prolongado, nítido, que se impone sin esfuerzo al conjunto. En un capítulo extenso se analiza la evolución de la novela de la revolución mexicana, uno de los temas críticos más apasionantes de las letras de nuestro continente. Eruditos y sociólogos han puesto ya su mirada en él. Hay toda una biblioteca sobre el tema. Torres-Rioseco sabe, sin embargo, examinarlo con novedad, sabe, rasguñar sobre la corteza del asunto y tocar su carne viva. En ese caso, la lectura de las novelas representativas de México lo lleva a sacar conclusiones sobre la evolución social de ese país.

La novelística marca más que ningún otro hecho literario la incorporación del escritor mexicano —que en los años de don Porfirio se refugiaba en la lírica o en el costumbrismo—, a un mundo de realidades crueles, al sufri-

miento y al alma de su pueblo. La novela se vuelve denuncia, clamor, memoria, desde *Los de abajo* hasta *Campamentos* o *Tierra*, de Gregorio López y Fuentes. Torres-Rioseco se sitúa en el terreno ideológico sin perder la perspectiva literaria, mira al libro y a la sociedad en que ese libro nace y actúa, mira a la novela como "parte integrante de esa unidad, que es el alma total de un pueblo en movimiento."

No se atiene Torres-Rioseco a la letra del libro, sino a su espíritu, ya mire las expresivas muestras del teatro indígena prehispánico, ya examine la poesía de Xavier Villaurrutia: siglos, épocas, movimientos distintos, escritores de la Colonia o modernos, siempre sale de lo teórico para situarse en lo polémico, sin llegar jamás al imprudente extremo de restar interés subyugante al tema, por constituirse en maestro o prosélito...

Será difícil prescindir en lo futuro de su ensayo sobre el humorismo en las letras hispanoamericanas, que agrega notas nuevas a uno ejemplar de nuestro Marcos Victoria, que Torres-Rioseco parece no conocer. Lo mismo cabe decir sobre sus páginas acerca del teatro de González de Eslava, Ruiz de Alarcón y Sor Juana; de su examen de *Los raros*, del cotejo de las teorías de Poe con la poesía de Asunción Silva, de sus breves y hondas páginas sobre la novela en América... ¡Cuántas veces veremos al pie de tesis y monografías, citados estos ensayos, fruto de la meditación, de la experiencia, del amor demorado y constante por nuestras letras, y, desde luego, de una peregrina intuición crítica! Poeta, cuentista, estudioso, atento a los más modernos métodos de análisis literario revitaliza textos viejos, como acontece en su análisis del vilipendiado *Apologético*, del peruano Juan de Espinosa y Medrano, de nuevos acentos en libros contemporáneos, como cuando examina, deteniéndose en matices intermedios, a *Don Segundo Sombra*. La juzga una novela ejemplar, clásica ya en nuestro idioma, y "viva" a través de medio siglo, tanto que "ya no vale defenderla ni atacarla". El mérito del libro de Güiraldes reside para el crítico en el extraño e intenso equilibrio que lo sustenta, ya sea entre aventura y personaje, entre estilo y pasión, cuanto en las intenciones que tejen el relato. Breves e intensas páginas son éstas, que, como las de otros ensayos, constituyen aportes que, aceptados o no, han de contar en la crítica de nuestras letras. Tanto que no será posible escribir sobre literatura del Nuevo Mundo, prescindiendo de este lúcido libro de Torres-Rioseco.